

## Flores de hielo

Cuenta la leyenda que un mundo aflora cuando los humanos lloran. Cuando la tristeza embarga su pecho, es la Columbina Ojiazul quien se siente sola. Aparece en los ojos llorosos de seres que anidando sueños son vencidos por el oscuro manipular de un mozo, que con su melodía le cortó las alas y enjauló su llanto.



En el reino de los sueños una princesa llora, lágrimas de cristal resbalan por sus mejillas cual joyas que tocan el suelo. El viento entra por las ventanas en ese castillo de ensueños encaminándolas cual soldado hasta la fuente de piedra del jardín, no sea que alguna de ellas, despistada, se pierda. Así, poco a poco a primera hora de la mañana, aquella pila danzante gozaba del canto de los pájaros y de la frescura del agua. Transformado en un paraíso viajero venían a ella las más extrañas aves. A última hora de la noche, la luna peinaba sus cabellos negros y pintaba sus labios de plata sobre el espejo que la fuente formaba antes de que el agua se vaciara al alba.

Al estanque se acercan las Leptolilas a beber agua cada noche. A las aves les gusta sentir el frescor de las joyas lacrimosas al sumergir su cabeza en ellas, mas deben ser cautas para no dejarse atrapar por el viento Barbero que se asoma, cuando en esa tierra de sueños, amanece en el preciso instante en que la princesa deja de llorar. Todas excepto una, la Columbina Ojiazul, vuelan en parvadas, temen estar solas ante Eolo. Que el tiempo pase sin que se den cuenta y los sollozos de la niña se conviertan en asesinas flores de hielo. Esas a las que todos recelan, son verdugos que con su belleza natural atemorizan este lugar. Extremoso es el clima en esta tierra soñadora que un calor primaveral logra quemar el bosque y la temperatura más baja puede formar a las asesinas flores de hielo.

La Columbina Ojiazul es única en su especie, su tamaño cabe en la palma de una mano y faltaría sólo cerrar el puño para hacerle daño, conoce a su madre Gaia, percibe el sonido con sus patas más que con el oído, olfatea el aire a tierra mojada como se deleita un manjar. A altas horas de la tarde es la única ave que, precavida, utiliza sus alas para subir el primer escalón de la fuente de piedra y

contemplar hipnotizada el resplandor de la luna en el agua. Los brillos que se tejen entre las gotas lacrimosas la hacen feliz. Tan cerca de la luz pero a la vez tan triste al filo de la soledad.

La Columbina Ojiazul disfruta comer del pasto que la rodea y jugar a juntar las ramas que se caen de los árboles. ¡Loca!, le llaman las otras aves, cuando en tierra se pone a ejecutar saltos para esquivar el tintineo de la madre de lágrimas que, azuzadas por la fuerza de la Collada, cual clavadistas se arrojan a la piscina para formar el manto de agua de la gran fuente de piedra.

Una noche de un día, que podía ser cualquiera, el tintineo de las lágrimas fue remplazado por el *tap, tap, tap* de los zapatos de un mozo mestizo, quien con un cántaro en la cabeza llegó a esta tierra de ensueño. Sus ojos negros acechaban la oscuridad del bosque en el cual se llegaba a distinguir el perfume de los colores que brindan las victorias, jazmines, abedules y fresnos que rodean a la gran fuente de piedra. La Columbina Ojiazul se escondió entre las ramas de los arbustos y observó que el mozo, bailaba al ritmo de la música que tarareaba:

*“Una palomita de extraño cantar,  
ha llegado al reino, tap, tap, tap  
donde los sueños de bruma son realidad  
y los ojos azules encontrarán su lugar”.*

El mozo acercándose al estanque inclinaba el cántaro y se escuchaba entre su melodía un chapotear de agua mientras su mano sumergía. Por un momento se quedaba como hipnotizado, oteaba y agudizaba el oído como si estuviera mirando a la Columbina Ojiazul. Ella, creyéndose resguardada entre las ramas miraba regocijada el rostro terso y moreno del muchacho.

La Columbina Ojiazul se acostumbró al canto de esa voz alegre, a la marcha de los pasos que bailaban con el tarareo y dejó de temerle al día que se avecinaba al clarear el cielo. Ansiaba aventurarse a quedarse en ese lugar, quizá, se decía a sí misma: él me podría ayudar, ya me cansé de jugar en la tierra, quiero volar, tengo alas que no me atrevo a usar. Las Leptolilas me impulsan a no hacerlo. ¡Cuidado! —dicen ellas. ¡Insulsas! Les digo en voz baja, aunque en silencio reconozco que me siento sola.

Fue así, cómo una noche se aventuró a presentarse y saliendo del arbusto cual gatito perdido dio sus primeros pasos, lentos pero seguros, acercándose a sus sandalias. Él, tomándola entre sus manos con una voz melodiosa dijo:

*“Palomita, Columbina Ojiazul,*

*¿qué tienes en tu cabeza que brilla como diamante la luz?”*

Sobando su cabeza, la Columbina Ojiazul no percibió el dolor que le produjeron esos dedos tersos al extraerle el alfiler, pero sintió el borbotón caliente de la sangre que empapó sus plumas y le nubló la vista e instintivamente la Columbina Ojiazul voló.

Así pasaron varios días, las Leptolilas notaron su ausencia. Se dieron cuenta que la Columbina Ojiazul les avisaba con su baile en tierra cuándo podían estar en la fuente de piedra sin temer por su vida. Mientras tanto, en su nido la Columbina Ojiazul sufría de fiebre. No podía volar, no sólo por la debilidad que padecía su cuerpo sino por lo empapado de sus alas. En su delirio, se veía en un mundo extraño de meandros creados por rejas, de voces humanas, de risas, de maldiciones y de una extraña entereza que fluía a través de su sangre como si quemara la tierra.

La noche en que la Columbina Ojiazul quiso volar, se dio cuenta que a sus alas le habían salido unas manchas, primero fueron rosas, después se tornaron café y finalmente desgranaron sus alas como se desgrana el maíz de la mazorca dejando al descubierto un hueso rodeado de carne. Se preguntaba si esas protuberancias más parecidas a los brazos del mozo le pertenecían.

El mozo llegó durante tres noches con sus días al lugar donde había visto a la Columbina Ojiazul. Parado, en una posición por demás extraña, extendiendo su mano con la palma hacia arriba, cantaba bajo el árbol en el que la paloma de ojos azules tenía su nido. A medida que el canto penetraba en los oídos de la Columbina Ojiazul, ella sentía cómo la fuerza de su brazo la impulsaba a saltar del nido.

*Palomita, Columbina Ojiazul,*

*¿qué tienes en tu cabeza que brilla como diamante la luz?”*

Para después sentir la mano del mozo palpar su cabeza y producirle nuevamente un dolor que la impulsaba a escapar, pero el mozo fue cauto esta vez y reteniendo de los huesos donde alguna vez tuvo alas, intentó calmar el forcejeo del pájaro. La Columbina Ojiazul con su piar llamaba a las otras aves. Muchas

volaron y la única valiente que quiso ayudarla, al posar sus patas en el agua de la fuente se encontró con las flores de hielo que al alba congelaron su cuerpo. El mozo mientras tanto terminó por extraer el último alfiler que brillaba en su mollera y la Columbina Ojjazul se desmayó.

Las Leptolilas, desde las alturas, temían por su vida y espiaban tras las ramas la escena. Vieron al mozo cargando una jaula escondida en el cántaro. Sabían que no podían fiarse de él, ya antes habían visto esfumarse entre sus manos a pájaros errantes venidos de otras tierras de ensueño o aquellos que a la deriva de su parvada se detuvieron en el bosque de las flores de hielo. Uno de los Leptolilas, el más viejo y sabio ya antes les había advertido:

*La Columbina Ojjazul es única,*

*única especie en la tierra.*

*El ciclo de la vida caliente y*

*alienta sueños inhumanos.*

*La Columbina Ojjazul ya no surca el cielo*

*revolotea en la tierra ya sin alas,*

*su vida vale oro, sus sueños son fuente de agua*

*pero en manos ajenas, vida y sueños son nada.*

*Cuando ella...* Todos callaron porque el grito de una niña interrumpió la voz del pájaro sabio. Anonadadas las Leptolilas vieron que el mozo aprisionaba a la Columbina Ojjazul al corazón de la princesa recostada en sus sueños.

No era el príncipe de uno de esos cuentos que iba a despertar a la princesa en ese mundo onírico, era una Columbina Ojjazul angustiada que unida al sueño de la princesa en ese cielo cerrado, provocó un fulgor en el corazón del firmamento y gotas irritantes tronaban como piedras el suelo.

¿Quién en un acto de bondad, osa detener el aleteo de una Columbina Ojjazul que sueña con volar por los cielos?! ¿Acaso el mozo cual humano confundió su naturaleza, modificó su hábitat, y en consecuencia enjauló en cristales su alma?! Cuenta la leyenda que al alba ese lugar de ensueño se cubrió de flores de hielo.

**Ancoli Bleu**